

LECTURA



¿Cómo han pensado la alimentación las diferentes culturas?

La preocupación por la alimentación no es exclusiva de nuestra época. Las diversas culturas atendieron a la problemática de la alimentación y de la salud de acuerdo a sus posibilidades. Para conocer otras experiencias diferentes de las nuestras, nos vamos a acercar a la cosmovisión de los pueblos indígenas.

El maíz es uno de los alimentos base de los pueblos indígenas de América. Respecto a su origen hay diferentes leyendas que muestran la importancia que este alimento tenía para ellos.

Las leyendas pertenecen al género literario narrativo denominado folclórico o popular. Son narraciones cortas que se transmiten de forma oral de generación en generación. Expresan la cultura de un pueblo o de la comunidad. Este tipo de narraciones se refieren a la relación del hombre con lo sobrenatural.

Quetzalcóatl y el maíz



Cuenta la leyenda que muchos siglos atrás, antes de la existencia del dios Quetzalcóatl, el pueblo azteca solo se alimentaba de raíces y animales.

Sin embargo, detrás de las enormes montañas vecinas, yacía un tesoro imposible de alcanzar; ese tesoro era el maíz. Otros dioses intentaron sin éxito dividir las montañas para que los hombres pudieran atravesarlas.

Fue entonces que apareció Quetzalcóatl. Quetzalcóatl prometió a los aztecas que les entregaría el preciado maíz, pero no mediante el uso de la fuerza, sino de la inteligencia. Fue así cómo se transformó en una hormiga negra y, acompañado de una hormiga roja que conocía el camino, se marchó hacia las montañas.

En el recorrido encontró innumerables obstáculos, pero estos no lo detuvieron. Él mantuvo en sus pensamientos las necesidades del pueblo azteca, y siguió avanzando.

Pasaron muchos días antes de que Quetzalcóatl llegara a la cima de la montaña y encontrara el maíz. Tomó un grano entre sus mandíbulas y emprendió el camino de regreso. Al llegar, les entregó a los aztecas el grano de maíz prometido.

Desde ese día, el pueblo azteca prosperó bajo el cultivo y cosecha del maíz. Se hicieron poderosos, llenos de riquezas y construyeron las más imponentes ciudades, palacios y templos.

Y por esto, veneraron con fervor a Quetzalcóatl; el dios que les trajo el maíz.

La leyenda del maíz



Al principio del tiempo existían dos pueblos enemigos, los charcas y los chayantas. Ambos pueblos eran valientes y trabajadores, pero, desgraciadamente, también les gustaba mucho luchar. En todas las competencias convocadas por el Inca, estas dos tribus eran siempre grandes rivales que peleaban ferozmente por el título de ganador de una prueba u otra.

En la competición de flechas los charcas destacaban por sus afiladas puntas, verdaderas obras de arte, hechas de bambú. Cuando una de estas flechas alcanzaba a un enemigo, ya se podía despedir de la vida. Por su parte los chayantas eran famosos por sus hondas poderosas que hacían con tanto esmero que cualquier piedra que se tiraba con ellas era un proyectil peligrosísimo y frecuentemente mortal.

La vida tiene caprichos inexplicables. Ocurrió que Huayru, el joven chayanta más valeroso y guapo, hijo del cacique, salió a cazar una mañana de primavera, se acercó demasiado al campamento de los charcas y se detuvo a beber agua en una corriente cristalina. Allí vio bañándose a una muchacha bellísima. Era alta y esbelta, tenía largos cabellos finísimos que brillaban como si fueran de oro con los rayos del sol. La observó fascinado y vio cómo se vestía con ropas de color verde claro. Se le acercó tímidamente y empezaron una bonita conversación. Supo que la chica se llamaba Maiza Chojclu y era hija del cacique de los charcas. Además de bella, tenía un carácter dulcísimo que cautivó al joven. Cuando sonreía, se veían sus dientecitos parejos que parecían granos delicados.

Los dos jóvenes se enamoraron profundamente y continuaron viéndose a escondidas, sin el conocimiento de sus pueblos. Cuando ya no podían vivir sin verse, Maiza Chojclu accedió a escaparse de su casa, casarse e irse a vivir con los chayantas, la tribu de su esposo. Los dos enamorados esposos no tuvieron paz por mucho tiempo. El padre de Maiza Chojclu se enfureció por este insulto y decidió inmediatamente pelear contra los chayantas y quitarle a su hija. La guerra estaba declarada y Huayru tuvo que ir a pelear contra el pueblo de su esposa.

Maiza Chojclu estaba tristísima. Rogó a su esposo, con lágrimas en sus tiernos ojos, que no fuera a luchar contra los charcas, su propio pueblo. Pero Huayru no tenía otra alternativa y empezó a preparar sus armas. La joven decidió ir con él, y valientemente también se preparó para estar a su lado, pasara lo que pasara.

Pronto comenzó la batalla. Maiza Chojclu rogaba a sus dioses que solucionaran este terrible conflicto. Ella se sentía culpable de las muertes que tendrían lugar y pedía que ocurriera un milagro. La lucha comenzó muy pronto. Una de las afiladas flechas de los charcas cruzó el aire y se clavó en el pecho de Maiza Chojclu. Todos se quedaron pasmados por. El padre de la muchacha se acercó trastornado para ver a su hija que estaba muriendo en los brazos de su esposo. Sus oraciones habían sido escuchadas y ella era la única víctima de una guerra sin sentido.

La enterraron en ese mismo lugar. Huayru pasó toda la noche llorando la muerte de su esposa. Tantas eran sus lágrimas que regaron el lugar donde yacía el cuerpo de la joven. Parecía como si de sus ojos brotara un manantial que humedeció la tierra. Mientras más recordaba la gracia y dulzura de Maiza, más lloraba el guerrero. Finalmente se durmió, vencido por el sueño y la tristeza.

Al amanecer despertó con el corazón oprimido por el dolor. Palpó la tierra donde habían sepultado a la muchacha y vio con sorpresa que allí mismo había brotado una plantita cuyas hojas eran del mismo color verde que las ropas de Maiza Chojclu. Se dio cuenta de que los dioses le habían enviado un regalo precioso y cuidó esa plantita con amor y paciencia. La nueva planta creció sana y esbelta como su esposa, con hojas que recordaban su ropa verde claro. Parecía sostenida por la flecha que le quitara la vida.

Cuando dio frutos, Huayru vio que sus granos parecían los graciosos dientes de Maiza Chojclu y eran tan dulces como ella. Y por esa razón, esta nueva planta se llama maíz y en ciertas regiones de América Latina sus frutos se conocen con el nombre de “chojclu”.

Bibliografía:

“Quetzalcóatl y el maíz” / arbolabc.com

Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (2008). La Huerta Orgánica.

Programa Pro Huerta. Buenos Aires: Ediciones INTA.